

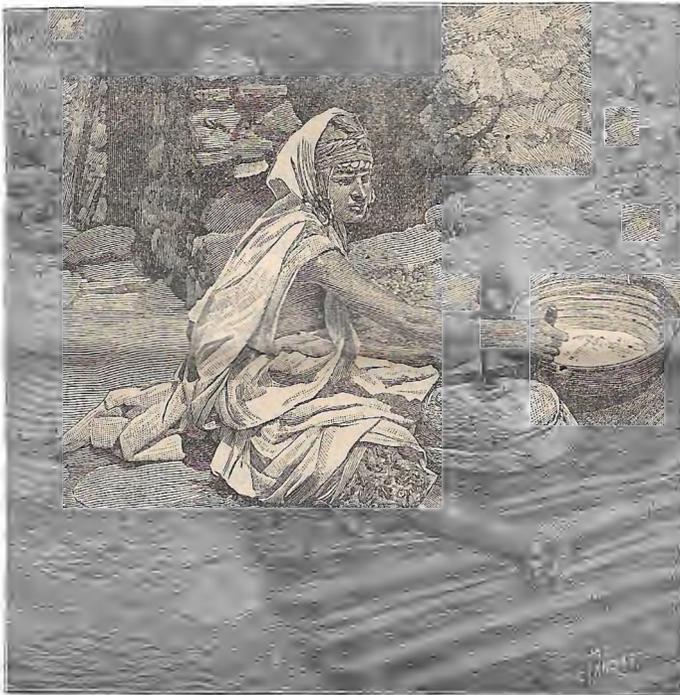
EL EVANGELISTA

DICIEMBRE

1905

REVISTA EVANGÉLICA, ILUSTRADA, MENSUAL

—AÑO XXII— REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Provenza, 275, 1.º, Gracia-Barcelona. —N.º 264—



UNA MUJER MAHOMETANA MOLIENDO TRIGO

En todos los países orientales el modo de moler el trigo á la mano varía bien poco, y es el que ha descendido de tiempos inmemoriales hasta nuestros días. Se hace referencia á este trabajo en las Sagradas Escrituras como parte de la ocupación de la mujer.

Nuestro grabado da una idea bastante exacta del molino y de como se hace el trabajo. El molino es cosa sumamente senc-

lla, pues consiste de dos piedras, una puesta encima de la otra. La de arriba se guarda en su posición por un espigón que pasa por el centro de ambas piedras. La mujer ó muchacha cuya obligación es proveer de harina á la casa, se sienta en el suelo, coge el mango que está firmemente puesto en la piedra de arriba, y así le da vueltas con bastante rapidez, mientras que echa el trigo ú otro grano por un agujero que hay

practicado en el centro de la piedra. De esta manera se obtiene toda la harina que se necesita en la casa. Pero este continuo y penoso trabajo no es la única cosa que amarga la existencia de la compañera del hombre en la mayor parte del mundo.

En los países paganos, como en los mahometanos, la suerte de la mujer es bien triste. Es la esclava del hombre, quien se sirve de ella como de un mueble para su uso, gustos ó caprichos.

Como prueba del estado degradado á que ha sido reducida la mujer en la India, podemos citar los siguientes dichos de aquel país: «Hay muchas sectas en la India, pero en dos puntos todos se hallan de acuerdo: 1.º La santidad de la vaca (1); y 2.º La perversidad de la mujer.» «¿Quién es el más sabio entre los sabios? El que no ha sido engañado por una mujer, que puede ser comparada á un ente infernal.» Donde tales dichos son corrientes, es fácil suponer qué tal será la suerte de la mujer. Sabido es que á los mahometanos se les permite tener cuatro mujeres á la vez, y tantas esclavas como quieran.

En cambio donde el Evangelio penetra, allí empieza la mujer á vislumbrar una puerta de esperanza por la cual salir de su triste esclavitud. La dureza del corazón, dice el Señor Jesu-Cristo, es la causa de la desconsideración y falta de aprecio en que el hombre tiene á su compañera, y como el Evangelio de la gracia de Dios, cuando es recibido en el corazón, lo ablanda y transforma, de aquí que donde el Evangelio domina la suerte de la mujer se mejora notablemente. Aquel corazón de tigre llamado Saulo de Tarso, que enfurecido perseguía á muerte sin perdonar á las débiles mujeres, es un ejemplo hermoso de la transformación que opera el Evangelio. El dice después de su conversión: «Maridos, amad á vuestras mujeres.... Los maridos deben amar á sus mujeres, como á sus mismos cuerpos. El que ama á su mujer, á sí mismo ama» (Efes. 5. 25,28). El Evangelio es el que enseña que la mujer es en los ojos de Dios del mismo valor que el hombre, y como

por ella ha sido pagado el mismo rescate, por eso es heredera juntamente «de la gracia de la vida;» esto es, de la vida eterna que Dios nos ha dado en Cristo Jesús.

EL ÁNCORA DEL ALMA

«La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que entra hasta dentro del velo.» Heb. 6. 19.

Digno de elogio es el hombre que inventó el ánora. No sé su nombre, pero quien quiera que fuese, merece un monumento de la posteridad. Mas es acerca del ánora del alma de la que yo ahora hablo. El alma tiene una existencia eterna y es de mucho más valor que todos los navíos repletos de la más riquísima carga; por tanto el alma merece un ancla fuerte y segura. Esta ancla nos dice el apóstol Pablo, ser la Esperanza: «La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que entra hasta dentro del velo.»

Mas debemos entender que no es la mera esperanza la que cuando partimos de esta vida nos introduce dentro del velo, es decir, en las moradas de Dios. Todo hombre antes de su muerte debe estar preparado de antemano, porque así está escrito: «Aparéjate para venir al encuentro á tu Dios» (Amós 4. 12). Declarado ha sido por Dios que no será permitido al impuro entrar en las mansiones de gloria. En tal caso, ¿qué es ó qué significa la esperanza de que nos habla S. Pablo? Si consultamos la santa Biblia veremos que nuestro Señor Jesu-Cristo es la firme ánora del alma y la única esperanza de nuestra salvación; porque de Él está escrito: «Yo, yo Jehová; y fuera de mí no hay quien salve» (Isaías 43. 11). En confirmación de estas palabras, el mismo Jesús dijo: «Yo soy el camino.... nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14. 6). «Al que á mí viene, no le echo fuera» (Juan 6. 37).

Frecuentes ocurrencias nos demuestran la incertidumbre de la vida presente. Lo mismo en el mar que en la tierra siempre se halla la muerte á nuestro lado. Nuestras familias y nuestros amigos nos son

(1) En la India rinden culto al buey.

arrebatados, y ninguno puede decir que él no será la próxima víctima. La muerte puede destruir nuestro cuerpo en un instante, mas no puede hacer tal cosa con nuestra alma; porque cuando el cuerpo fenece el espíritu se vuelve á Dios que lo dió (Eccles. 12. 9).

¿Mas cómo seremos recibidos? El alma irá á habitar con Dios para siempre en virtud de la redención hecha por Jesu-Cristo, ó irá á su presencia para ser juzgada según sus obras, y por consiguiente condenada eternalmente. Una de estas dos suertes espera á cada uno de nosotros: ó una eternidad de bienaventuranza, ó una de miseria y remordimiento eternos. ¿Quién arrostrará las tempestades del grande y terrible juicio, pudiendo ampararse en el bonancible puerto de la misericordia que hoy ofrece Dios al pecador? Es el colmo de la locura despreciar tan grande salvación; y sin embargo, hay muchos que desprecian y tratan de su alma como cosa de poca importancia.

Una vez esta infatuación pecaminosa impresionó á un desgraciado blasfemo. Un ministro del Evangelio le oyó blasfemar, y llegándose á él le dijo: Si repite V. la blasfemia contra su alma le doy cinco pesetas. El hombre miró con espanto, y después de reflexionar un poco, contestó: Señor, ¿me cree V. tan tonto que condene mi alma por cinco pesetas? Pues si Señor, le respondió el ministro; acaba V. de hacerlo por nada, y no es extraño lo haga por dinero. El pobre hombre con gran asombro suyo vió ser esto verdad, y arrepentido, buscó salvación en Cristo, y desde aquel día trocó sus blasfemias en alabanzas al Señor.

Sólo por Jesús nos podemos salvar, de lo contrario pereceremos para siempre. Tal vez el lector no haya pensado en Jesu-Cristo como su Salvador, ni comprende la naturaleza de la fe. La fe no es un salvador y Cristo otro. Cuando nos embarcamos en un navío lo hacemos por la fe que tenemos de que en él podemos con seguridad atravesar los mares y llegar al puerto deseado; no es la fe la que nos salva de ahogarnos, sino el navío; pero sin

fe no nos embarcaríamos en él. Así también la fe en Cristo es la que nos lleva á confiar en El para nuestra salvación. La fe es también un don de Dios que inflamada por el poder del santo Espíritu nos empuja á confiar en el sacrificio del Señor Jesús por el cual obtenemos redención y vida eterna.

El mundo que habitamos es un mar de turbulencias; nuestros propios pecados se agitan cual furiosas olas que amenazan sumergirnos en el abismo insondable. Querido lector, hoy es día de salvación; Dios ofrece en Cristo un seguro refugio; trabemos del ancla firme, Cristo Jesús, y estaremos seguros de la salvación y por consiguiente nuestras almas tendrán paz.

A. M.

UN MUCHACHO QUE NO CONSINTIÓ SER CASTIGADO



COMENZARÉ este relato con decir que mi madre era una viuda, señora de mucha firmeza de caracter y cristiana verdadera. Cuando decía alguna cosa era resuelta, y sin embargo era de natural suave y tierna como un corderito.

Era un otoño cuando yo tenía quince años, estaba en el patio de mi casa procurando mover un tronco de árbol. Pedí á mi hermano que me ayudara; mas él se mantuvo tieso, riéndose de mis esfuerzos. Por fin me enfadé, y cogiendo una varita le dí su merecido. Esto es lo que nuestra madre nunca permitió, que un niño castigara á otro. Oyendo ella que algo desagradable pasaba en el patio, salió para ver qué era aquello, y enterada castigó bien á mi hermano, mandándole ayudarme; y luego volviéndose á mí, dijo: «Ahora te voy á castigar á ti por haber tú pegado á tu hermano.»

En aquel momento sentí algo en mí que se sublevaba contra la autoridad de mi madre. Sabía que había quebrantado una de

las reglas de la casa; pero me creía demasiado hombre para someterme á ser castigado. Sabía también que si en lugar de haber pegado á mi hermano, tomando así la ley en mis propias manos, hubiese ido á mi madre, ella habría arreglado el asunto sin dificultad alguna; pero la cosa estaba hecha, y le contesté: Pues, sepa madre, que esta vez no me someto á ello. —Pero lo voy á hacer, hijo mío, me contestó. Y acompañando el acto á la palabra se me acercó con aquella mirada de determinación que claramente decía que iba á cumplir su palabra. No había remedio sino escaparme. Me marché en seguida yéndome á una casa de campo de un vecino á una legua de casa, y con el dueño me arreglé para quedarme como criado por cinco duros al mes. Le dije lo que me había pasado, y como mi madre quería pegarme. El dueño me aconsejó que volviese á casa, y dijo que él mismo me acompañaría. Pero yo tenía demasiado del carácter de mi madre para humillarme con tanta facilidad.

Comencé mis trabajos, pero no me sentía feliz. Perdí las ganas de comer, y no podía dormir bien. Esperaba recibir algún recado de mi madre, con alguna indicación de que lo pasado era pasado y que podía volver; mas tal recado no vino, y empecé á creer que á mí me hacía más falta mi madre que yo á ella, lección que muchos hijos no aprenden hasta ser demasiado tarde.

Al fin de la primera semana dije á mi amo que pensaba volver á mi madre. El aprobó mi pensamiento, y se brindó á acompañarme. Yo, sin embargo, prefería ir solo. Me pagó por el trabajo de la semana. ¡Qué dinero! Me parecía plomo, lo aborrecía. ¡Qué luchas tenía yo en mi interior! El viaje de una hora me costó cuatro horas; porque no sabía resolver el asunto, aunque había comenzado el viaje. Comprendía que me era conveniente volver y someterme á mi madre; y al mismo tiempo un algo en mí me decía: ¡Antes morir que someterse á ser castigado un joven de quince años!

Los que nunca se han visto en el caso

del hijo pródigo no saben cuanto le costó á aquel el hacer el viaje de vuelta á su padre. Yo lo aprendía: el conflicto entre las dos cosas que había en mí era terrible, insoportable. Al fin la conciencia y la esperanza vencieron la vergüenza y el orgullo, y llegué á casa cuando mi madre estaba poniendo la mesa para la comida.

—Buenos días, me dijo, entra, hijo mío, ¿cómo estás?

Aquellas palabras, «hijo mío», traspasaron mi corazón; no era digno de ellas.

—Muy bien, le contesté; no me atreví á decir la palabra, madre. Quería decirle cuanto me pesaba mi conducta abandonando la casa del modo que lo había hecho; pero no sabía como empezar, y ella no lo facilitó. Había cierta reserva en su modo de hablar conmigo que me embarazó mucho. Me dijo que tomara mi puesto á la mesa para comer. Lo hice; pero tenía un nudo en la garganta que me ahogaba, y no podía comer. Mi madre me preguntó si estaba enfermo, y le dije que no.

Acabada la comida le dije: Madre, ¿qué trabajo tiene V. que le haga?

Ninguno, me contestó con mucha resolución; no acostumbro dar trabajo á personas que me visitan.

—Pero, Madre, yo me he vuelto á casa para trabajar; pues no quiero continuar más en aquella locura.

—Bien; seré franca contigo, hijo mío. Puedes quedarte, pero con una condición, y es que te sometas á ser castigado, y si no, aquí no hay lugar para ti.

En el acto me quitó la americana, y me senté en una silla con mi cara al respaldo, y mis espaldas hacia mi madre, y le dije: Madre, me quedo con V. Así puede buscar la vara; pues me someto.

—¡Basta, hijo de mi alma! exclamó ella; y empezó á orar al Señor. Aquella oración nunca la olvidaré, me parecía sentir en ella la melodía del cielo. Volví á estar con mi madre y á ser feliz.

Ahora para concluir diré que el recuerdo de mi pecado me causa vergüenza hasta hoy; y al mismo tiempo, que estoy orgulloso de tener una madre como la mía.

Hemos tomado este relato de un periódico de los Estados Unidos, *The Christian*, y sentimos que debemos añadir algunas palabras por nuestra cuenta. Creemos que el modo de obrar de la madre en cuestión es algo arriesgado; y solamente puede ser empleado en el caso cuando ha habido en la casa un amor á toda prueba, juntamente con una autoridad que caen del temor de Dios. La casa ha de ser un pequeño cielo en la tierra, por el amor que reina en ella; amor combinado con orden y respeto. En la ausencia de tales condiciones sería una locura intentar obtener obediencia de esta manera en un caso como el relatado. Pero viendo el inmenso beneficio que resulta de una casa ordenada en el temor de Dios, aconsejamos y rogamos á nuestros lectores, padres de familia, que consideren si no vale bien la pena de dar lugar á la Palabra de Dios honrándola, y á la oración en sus casas; lo cual hará de la casa paterna una delicia y asegurará tanto bien para los hijos que será mejor que la fortuna más envidiable.

•Yo honraré, dice el Señor, á los que me honran, y los que me tuvieron en poco, serán viles» (1.º Sam. 2. 30).

A LOS UMBRALES DE AFRICA CENTRAL

POR FRANÇOIS COILLARD

LXXXII

Terribles azotes

Antes de marchar de Bulawayo, oscuras nubes se divisaron en el horizonte político; se oía el sordo ruido de truenos y no tardó en desencadenarse la tempestad: era la segunda guerra matabele de que se ha hablado tanto.

También acababa de ser visitado este país con duros azotes, de los cuales aun sufría. No hace muchos años que la viruela diezmó á los habitantes. Desde entonces la langosta disputó á la gente la pequeña cosecha que tuvieron después de una grande sequía. Pero una plaga mucho más extendida que la viruela y más terrible que la de la langosta se presentó de repente, y siguió nuestros pasos. Era la peste bovina.

Nadie que no haya vivido en Africa puede formarse una idea siquiera de esta terrible calamidad. Acabó con todo el ganado vacuno que halló á su paso. Las reses muertas se contaban por centenares por todas partes, al lado de la carretera y amontonadas en los campos. Poco era que los naturales se atracaran de carne, sin considerar las consecuencias; en vano se reunían legiones de buitres y fieras para devorarlas: por todas partes la carne se pudría. Más de novecientas galeras cargadas de mercancías se quedaron abandonadas en la carretera de Bulawayo por haber muerto los bueyes. Se me asegura que de ochocientos á novecientos mil bueyes murieron sólo en el país de Khama.

¡Guerras, sequía, hambre, pestilencia, langosta, peste bovina! ¿Por qué tantas calamidades una en pos de otra? ¿Por qué? Sin querer penetrar en los designios de Dios, ¿no podemos preguntarnos si el Todo-poderoso no está llamando por estos solemnes avisos á una generación que se entrega al olvido de El? Aluguémonos á Dios, y El se allegará á nosotros. Limpiemos nuestras manos, y purifiquemos nuestros corazones; humillémonos delante del Señor y El nos ensalzará. El sacará bien del mal y luz de las tinieblas.

La providencia de Dios

En cuanto á mí y Luis Jalla y su esposa, solamente podemos bendecir á Dios y adorar su nombre. Una detención de quince días más nos habría puesto al alcance de la peste y de la guerra; habríamos quedado detenidos donde quiera que nos hubieran cogido, sin poder movernos y á merced de los terribles Matabele para quienes el saltar y matar son como una diversión. «La mano de mi Dios era buena sobre mí» (Neh. 2. 18). Por todo el camino hallamos amigos quienes nos cargaron de beneficios, entre ellos el noble jefe Khama, cuya amistad de veinte años me ha sido siempre tan preciosa. Un amigo que había conocido en Basuto-land puso su coche á mi disposición por bastantes días para llevarme á Mafeking donde comienza el ferrocarril. Hubo otros también cuya amistad no puedo olvidar.

En Kimberley fui llevado al hospital donde estuve bajo las mismas condiciones que en Bulawayo. Una operación grave que se me practicó y los buenos cuidados

que recibí me restablecieron de tal modo que pude andar otra vez. La operación fué llevada á cabo con tanta habilidad que sorprendió á uno de los más notables especialistas en París.

He de hacer mención de uno de los recuerdos del hospital. Un día la directora vino á mi cuarto para traerme una patata en un plato y una rosa en la mano. Era la única rosa que tenía en su jardín, y ¡qué perfume exhalaba! ¡Cuán buena era la patata! Eran dos cosas que no había visto por doce años. Sólo uno que haya estado por semanas dentro de las cuatro paredes de una sala de hospital sabe cuán gratas son las flores.

A gran pesar mío tuve que abandonar el pensamiento de visitar á Basuto-land á causa de mi debilidad. Un viaje de treinta y siete horas de tren me trajo á El Cabo. Hace cuarenta años que desembarqué en este puerto. ¡Qué preocupaciones había entonces en contra de los naturales del país, de las misiones y de los misioneros!

Me hallaba ya tanto mejor que tuve un ardiente deseo de volver al Zambeza. Pero ¿cómo? La peste bovina y la guerra lo imposibilitaban. Así me embarqué.

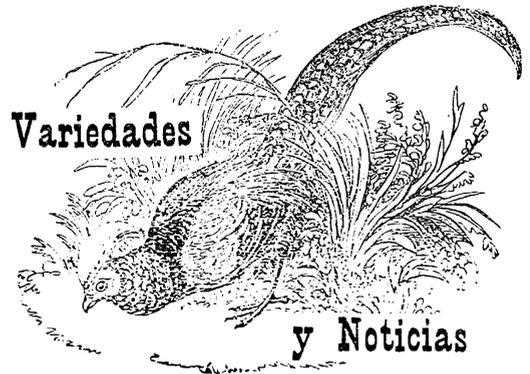
La despedida de Africa

Mis amigos tomaron pasaje para mí en el Warwick Castle, pero cuando después se les dijo que tendría que ocupar un camarote con otros cinco pasajeros por estar lleno el vapor, hicieron todo lo posible para hacerme esperar á otro, yendo aun á cambiar el billete por otro en el Drummond Castle; pero hallaron que todos los pasajes en este ya estaban tomados. Con todo, aunque me quedé en el Warwick Castle ocupé yo solo el camarote. Había también á bordo algunos cristianos africanos con quienes celebramos culto diariamente y sentimos gozo en la mutua compañía. El tiempo era también sumamente apacible y el mar estaba muy quieto, de modo que el viaje no dejó nada que desear. Pero solamente hacía dos ó tres días que habíamos desembarcado cuando supimos el terrible naufragio del Drummond Castle, del que sólo se salvaron tres vidas. ¡Ojalá que los muchos que lloran la muerte de sus seres queridos hallen en Jesús, el Varón de dolores, el descanso y consuelo de sus almas!

En cuanto á mí, ¡cómo no he de detenerme para considerar y comprender la voz de mi Dios! Después de cuarenta años de

tantas peripecias, tan llenos de aventuras, peligros, pruebas de fe, aunque también de liberaciones y bendiciones, me parece como si hubiera sido sacado del mismo sepulcro, escapado de los estragos de la peste y de las matanzas de los Matabele, librado de naufragio, y con la salud devuelta como por milagro, cosa que ya no esperaba. Por lo mismo me pregunto, si no es que mi Señor tiene dispuesto aun algún servicio para mí, sea en Europa ó en Africa.

FIN



Un Mensaje.—La Junta Central de la Alianza Evangélica en Alemania, en representación de 300,000 cristianos evangélicos alemanes, ha elevado á S. M. el Rey D. Alfonso XIII un mensaje durante su estancia en Berlin, en el cual agradece las seguridades dadas en dieciocho de Mayo por el entonces Presidente del Consejo de Ministros, de que la tolerancia prometida á los protestantes por la Constitución no había de ser violada. Al mismo tiempo hace presente la escasa libertad religiosa que gozan sus correligionarios españoles y la pérdida completa de ella tan pronto como entran en el servicio militar. Y haciendo referencia al soldado Indalecio Sánchez, cuyo arresto y condena han llamado la atención del mundo evangélico, dice:

«Es, por tanto, altamente sensible que en el Ejército español se obligue á los cristianos evangélicos á prácticas contrarias á sus creencias religiosas, y en todos los ámbitos del mundo evangélico ha producido dolorosísima impresión el hecho de que un súbdito español obediente á V. M. haya sido condenado á seis meses y un día de prisión por el motivo de que, forzado á asistir á misa, no se arrodilló al alzarse la hos-

tia porque sus creencias se lo impedian. No es nuestro propósito inmiscuirnos en los asuntos de la política interior de España, sino hacer constar que donde quiera que existe un miembro de la Iglesia cristiana evangélica que sufre, todos los demás miembros sufren igualmente.

»Al suplicar á V. M. se digne conceder á los oficiales, clases é individuos del Ejército y de la Marina española la libertad de su fe, no hacemos sino seguir el alto ejemplo de la reina Isabel de Prusia, la cual, cuando aún no existía tolerancia religiosa en España, intercedió eficazmente en favor de los que en dicho país eran sus hermanos en creencia, cerca de la augusta abuela de V. M., la reina Isabel II. Y al unir nuestra respetuosa súplica á la de los españoles evangélicos, la concretamos en las palabras que nuestro gran poeta Schiller pone en boca del Marqués de Posa:

¡Señor: Concedednos la libertad de conciencia!
A los reales piés de V. M.

La Junta Central de la Alianza Evangélica.»

Nos alegramos poder añadir que habiéndose tomado en consideración el tiempo que pasó Indalecio en el calabozo antes de celebrarse el Consejo de guerra, se encuentra ya en libertad, si bien perdiendo los seis meses y un día de servicio.

Un santo en quiebra. — Según noticias de Roma el presente Papa se empeña en limpiar la Iglesia romana y corregir abusos. ¡Trabaja tendrá! Uno de sus últimos actos ha causado una agitación intensa entre la gente fanática de Nápoles y otras ciudades de Italia, al saber que el Papa con conocimiento de causa ha prohibido que se dé culto á uno que hasta aquí ha sido tenido por santo, ordenando que todas las imágenes del mismo sean sacadas de las iglesias sin demora. Un corresponsal de allí explica la cosa en pocas palabras, diciendo que el santo ha sido declarado oficialmente «en quiebra».

El santo este es el bien conocido San Expedito, á quien no pocas personas de la gente fanática de por aquí acuden, postrándose ante sus altares, creyendo que despacha con mucha prontitud cualquier asunto difícil que se le encomienda.

Examinando bien los antecedentes y los asuntos de San Expedito, se ha hallado que su culto descansa sobre un fundamento falso, como los asuntos de un comerciante en gran-

de que no posee un céntimo propio. En cierto tiempo hubo, parece, un mártir armenio llamado Expedito, pero nunca fué canonizado; así no es éste á quien se adora. Había que hacer averiguaciones y al fin dieron el resultado siguiente: En el siglo pasado algunas monjas de Francia suplicaron que se les enviasen para su convento algunas reliquias de santos de las catacumbas de Roma. Se les concedió su petición, y les fué despachada debidamente una caja de huesos llevando en el rótulo, además de las señas del convento, la palabra «Expedit». Las monjas (¡inocentes!) tomaron la palabra postal «Expedit» por ser el nombre del santo cuyos huesos les enviaban en la caja.

Siga el Papa la obra empezada, examine los títulos y derechos de los santos, y seguramente hallará cosas y cosas que dejarán tamañitos los asuntos de San Expedito.

LUZ COTIDIANA

Acercándose Año Nuevo, tenemos el gusto de recomendar el librito titulado «Luz Cotidiana», del cual hablamos ya á principios del presente año. Contiene dos páginas de textos bíblicos escogidos, para cada día del año, y constituye un hermoso y útil regalo ó premio de Navidad.

Su precio es una peseta y cincuenta céntimos, más el importe del correo, y puede adquirirse dirigiéndose á D.^a María G. Smith. Misión Evangélica. San Roque. Prov. Cádiz.

ALMANAQUE DE «EL EVANGELISTA»

Según anunciamos el mes pasado, tenemos á disposición de nuestros amigos el ALMANAQUE DE «EL EVANGELISTA» para el próximo año (1906).

Con el fin de ponerlo al alcance del mayor número posible de personas hemos revisado los precios (francos de porte por el correo) que son ahora:

	<u>Península</u>	<u>Extranjero</u>
1 ejemplar.	0'15 pta.	0'20 pta.
12 » ..	1'50 »	2'25 »
25 »	2'50 »	3'75 »

INDICE DE LAS MATERIAS Y GRABADOS CONTENIDOS EN EL AÑO XXII

Artículos

	Pág.
A los Umbrales del Africa Central, 6, 15, 23, 30, 38, 54, 67, 70, 78, 86,	93
Ancora del Alma (El).	90
A nuestros lectores.	2
Atropellos.	47
Buenaventura (La)	1
Buscando la palabra necesaria.	11
Carnaval (El)	20
Catolicismo romano (El) pintado por si mismo.	85
Cementerio mahometano (Un) en Argel.	57
Como Goliath fué muerto.	4
Como se quitan los pecados.	75
Crear.	63
Cuadro apocalíptico (Un).	44
Cuando la abeja picó á mi madre.	27
¿Cuánto dista el infierno?.	3
Cuatro palabras.	77
Despertamiento espiritual (Un).	11
Diferencias entre las Biblias.	21
Dios guiador.	14
Discusión (Una) sobre la Biblia.	76
¿Es permitido á todos leer la Biblia?.	69
Evangelio (El) en el Japón.	61
Fumar (El).	59
Ha resucitado verdaderamente	27
Himno.	76
Homenaje á Echegaray	29
Hurto (El) de una Biblia	67
Idolatría (La) y el libro apócrifo de Baruch	13
Incidente (Un) del colportor.	37
Jefe africano (Un) y la resurrección	84
Ladrón penitente (El).	35
Libro (El) de mayor circulación en el mundo	84
Libro (El) que jamás morirá	18
Lo que le costó	22
Llegada de un principe convertido á Barotsi-land	38
Madre (Una) con sus hijos.	82
Matamoros y su madre	33
Mirando á Jesús	52
Mr. J. H. Taylor.	53
Muchacho (Un) que no consintió ser castigado	91
Mujer mahometana (Una) moliendo trigo.	89
Negligencia	77
Niña viuda de la India	25
Nuestra influencia	3
Nuestro servicio.	77
Obispo Strossmayer (El)	37
Paralizado, ciego y sordo.	36
Pedro en el día de Pentecostés	42
Pensamientos.	14, 30, 46, 52, 67, 70
Pirámides (Las) y el Esfinge de Gizeh.	73
¿Qué haré con mis pecados?.	51
Recuerdo (Un)	66
Sagradas Escrituras (Las) como artículo de contrabando	10
Salvación (La) aceptada	58
Salvación (La) de rusos naufragos	19
Satisfacción	43
¿Somos civilizados?.	36

	Pág.
Testimonio de un obispo	70
Transformación	21
Transformado por mirar	5
Vendedora (Una) de fruto de Egipto.	49
Voluntad (La) del Señor	86

Grabados

Buenaventura (La)	1
Cementerio mahometano (Un) en Argel	57
Libro que jamás morirá (El)	17
Madre (Una) con sus hijos.	81
Matamoros y su madre	33
Mujer mahometana (Una moliendo trigo)	89
Niña viuda de la India	25
Pedro en el día de Pentecostés	41
Pirámides (Las) y el Esfinge de Gizeh.	73
Sagradas Escrituras (Las) como artículo de contrabando	9
Vendedora (Una) de fruto de Egipto	49
Versículo con orla	65

Variedades y Noticias

Apuesta (Una)	24
Avisos	7, 8, 32, 88, 95
Biblia (La) en el Japón	32
Biblia (La) en Rusia	72
Catolicismo y sociedad	64
Colportor (El) en Francia.	80
Enseñanza jesuitica	56
Entrando á la vida con un solo ojo	72
En un monasterio chino	80
Ermitaño chino (Un) y el Nuevo Testamento.	24
Fallecimientos.	40, 48
Frutos de Roma	40
Grandeza y riqueza papales	48
Instrucción (La) en Italia.	72
Judíos (Los)	80
Mensaje (Un)	95
No más loterías	88
Obra misionera en China	16
Oraciones escritas suspendidas	72
Persecución en el Perú	32
Principe protestante (Un) y el Papa	8
Reconocimiento nacional de Dios.	16
Regalo de una Biblia á los Reyes de Portugal.	40
Religiones del dinero.	88
República Argentina.	56
San Pio Nono.	24
Santo (Un) en quiebra	95
Sociedad Biblica, B. y E (La)	32
Sociedad Biblica de Escocia	48
Supresión de conventos	56
Testimonio incontestable.	64
Turquía	24
Venezuela	56